

MI UNIVERSIDAD

Al doctor don Joaquín V. González.

Hace unos días llegó á mis manos el número de junio del presente año de los «Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines», excelente revista que publica la universidad nacional de La Plata. Al frente de este cuaderno, como todos, esmeradamente impreso, vienen dos discursos del señor doctor don Joaquín V. González sobre el Colegio y la Universidad que me he leído de un tirón sin dejarlos.

No hay, en verdad, problemas que me atraigan y apasionen en la medida que estos de la enseñanza. Siento cada día que pasa mayor entusiasmo por estas graves cuestiones pedagógicas, que de una vez, en todo momento y en cualquiera de sus relaciones particulares, ponen al descubierto, en carne viva, las preocupaciones más hondas y justificadas de las sociedades modernas.

El doctor González, siguiendo una fecunda orientación, trata en sus discursos el tema de la universidad, enfocando desde ella con una intensidad animadora la compleja cuestión de la función educativa de las instituciones de la enseñanza superior, y no era fácil que yo dejara el cuaderno de los «Archivos» mientras tuviera por delante alguna tela de estas atractivas disertaciones.

Veinte años, día por día, he vivido la hermosa vida universitaria, en una modesta escuela española, y poco á poco he ido construyendo mi «ideal» de la universidad moderna, como centro propulsor de la cultura social. La lectura de los discursos del presidente de la universidad nacional de La Plata, han removido en mi espíritu las brasas de ese ideal; algo de lo que el doctor González defiende y ensalza, entraña la orientación que un núcleo entusiasta de amigos de la universidad española acariciamos y, más que esto, realizamos en la medida que permitían nuestras fuerzas harto escasas, y estériles á veces por falta de un ambiente simpático, excitador, oxigenado...

Puesto en actividad, bajo el estímulo de una lectura sugestiva, el órgano espiritual del recuerdo, he vuelto á vivir con la imaginación la bella vida de mi clase, del amplio y limpio claustro de mi querida universidad de Oviedo, al lado de «Clarín», de Aram-

buru, de Sela, de Altamira, de Melquíades Alvarez, de Buylla, de Canella...

¡Qué años! ¡Qué hermosos años de trabajo intenso, de labor íntima y expansiva! Ahora, al contemplar el grupo disperso, en parte, siento todo el valor del esfuerzo. Toda la trascendencia de aquellas horas de reunión claustral en las que, sin aparato, ni solemnidad alguna, juntas de amigos, brotaba espontánea, quizá sin darnos cuenta, el ideal de la universidad moderna, condensación, entonces, de lecturas, de reflejos recogidos en viajes, de consejos recibidos de maestros, de atisbos geniales de «Clarín», de aquel inagotable Leopoldo capaz de mover con el ejemplo y con el derroche generoso de su alma las voluntades más apáticas, más frías, más escépticas...

La lectura de los discursos del doctor González me han sugerido el asunto de esta «Crónica». ¿Por qué no recoger en breves líneas, este conjunto de recuerdos suscitados? ¿No tendría interés en ofrecer un rapidísimo bosquejo este bello ideal de universidad que, en parte, y con la modestia impuesta por las circunstancias, hemos querido realizar?

Procuró siempre en estas «Crónicas» referir directa ó indirectamente algo de lo que aquí, en España, se hace, prefiriendo constantemente indicar aquellas notas en que se vislumbra el renacer de este pueblo á la vida moderna. No me salgo de mi pauta si hoy reseño esa pequeña obra universitaria que intentamos en Oviedo.

Pero necesito hacer unas ligeras advertencias.

No quiero historiar el detalle de la obra, no me propongo analizarle, ni señalar específicamente lo hecho en las diversas manifestaciones de la actividad universitaria desarrollada. Esto pediría más espacio que el que un artículo supone: pediría un libro, que acaso se escriba algún día. Porque sería preciso entrar á cada momento en explicaciones, para poner las cosas en su punto y hacer ver las imperfecciones con que hemos realizado la mayoría de los empeños. Mi idea hoy es sintetizar en cuatro rasgos la fisonomía de la universidad que llevábamos «dentro» unos cuantos. La otra, la universidad vivida y practicada en el simpático edificio de Oviedo, en la fundación del Inquisidor Valdez Salas, era sólo un reflejo borroso, algo indefinido, de aquélla, de la que tenemos en el alma, y que mil veces acariciábamos como una realidad próxima en nuestras conversaciones amistosas paseando por el Parque de San Francisco de nuestra «vetusta». Buylla, Sela, Altamira y yo.

Por tanto, amigo lector, no te dejes llevar por mis indicaciones, creyendo que aquí hicimos una gran catedral universitaria. Habríamos querido hacerla digna de la patria que cuenta entre sus tradiciones gloriosas la Universidad de Salamanca. Pero (te respondo de mis queridísimos compañeros) nos daríamos todos por muy contentos con haber abierto un cimiento para esta hermosa y fecunda universidad futura que España necesita y que acariciamos todavía como uno de los ideales más queridos de nuestra vida.

La universidad que estos tiempos piden, entraña una función muy compleja y una estructura muy rica y diferenciada.

Nada más lejos de las necesidades de la época que la universidad seca, encastillada, misteriosa, cerrada sobre sí dentro de los muros de una pedantería empachosa. Un grupo de señores sabios aislados, fuera del movimiento y de la vida nacionales no es una verdadera universidad moderna. Menos lo será un grupo de caballeros rutinarios que todos los años repiten las mismas cosas según un programa fijo. El profesor que llega invariablemente, todas las mañanas, á su clase, á la hora de costumbre, y después de cambiar de ropa, con su negra toga por disfraz, sube al sillón, alto, bien alto, sobre plataforma que domina el resto de la sala y abre su cuaderno de notas y pasa «lista» á sus alumnos y «pone faltas» á los ausentes, y luego, empieza con monótona peroración para explicar la lección del día: ese profesor aun siendo hombre eminente, no es el que piden las necesidades del vivir universitario de estos tiempos.

La universidad ha de tener un «Alma», y el Alma de la Universidad no puede brotar del simple conjunto, por yuxtaposición, de unos doctores y de unos muchachos que reciben pasivos las rociadas de elocuencia de unos cuantos oradores. El Alma de la universidad tiene que formarse como se forma el alma colectiva: por la acción intensa de un espíritu común. Mas, esa Alma es el mismo Espíritu común, el sentir corporativo, la obra delicada y difícil, pero fecunda y eficaz, de una serie indefinida de concentraciones de esfuerzos, de coincidencias de aspiraciones, de fusiones de ideas.

Yo he visto como se ha formado poco á poco nuestro espíritu universitario; fué aquello el resultado de una colaboración dichosa entre amigos íntimos, maestros unos de otros, impulsados unos por otros excitados en una relación continua de todos los días, de todas las horas casi.

La mayor parte de las iniciativas, modestas, sin duda, que en esos años de comunión pedagógica tomamos, sazónáronse en aquellos paseos vespertinos por las calles de «Vetusta», léase Oviedo.

Porque de esa vida común, íntima, intensa, brotaba el fuego necesario para romper rutinas y acometer empresas venciendo pasividades explicables, oposiciones no tan explicables ya, y animosidades menos explicables todavía.

Una universidad necesita, ante todo, eso: un fuego sagrado mantenido por un grupo, mejor, por un núcleo de gentes que sientan de una cierta manera análoga y que quieren, con voluntad firme «hacer algo», trabajar en la construcción del edificio ideal.



Formado el núcleo, constituido el espíritu, suscitada el Alma, por sí sola ha de moverse ésta al compás de las exigencias de su tiempo. Y las de éste que alcanzamos son de muy diversa índole; una universidad moderna tiene, en verdad, ante sí un campo de operaciones amplísimo, inagotable. Por muchas que sean sus energías, y por

grandes que sean sus medios todo será poco para atender á las necesidades sociales que solicitan el concurso de la universidad moderna.

Las gentes piden, ante todo — la tradición se impone — que la universidad sea el centro de la labor científica intensa, profunda, desinteresada. En los países cultos no hay quien discuta esta primer misión elevadísima de las instituciones universitarias. Quizá se ponga en duda si las universidades pueden y deben ser verdaderas escuelas profesionales, de sentido utilitario; sobre esto podríamos decir mucho. Pero de seguro se estimará incompleta aquella universidad que atienda sólo á hacer abogados, médicos, notarios, boticarios, ingenieros. Ha de hacer también... « sabios ».

¿Es pedante la palabra? Pues pongamos otra ú otras, y digamos que la universidad debe realizar la alta función de la investigación científica directamente, en sus laboratorios, archivos y bibliotecas é indirectamente formando en « su medio » los grandes y pequeños investigadores científicos.

Hay, sobre todo, ciertos estudios, de tan lejano valor utilitario, los cuales piden tan soberano desinterés en el que los cultiva, que no pueden dejarse en la calle abandonados á sí mismos, á merced de la ley de la oferta y la demanda. El refugio natural de estos estudios — la filosofía, las matemáticas... sublimes, la ciencia « pura »... es la universidad.

Alemania es quizá la nación del mundo que más ha cuidado esta primera función de la universidad. Las universidades alemanas son, en efecto, antes que otra cosa, centros de alta investigación científica, viveros de intelectuales; de ellas viene la luz intensa de la filosofía y de la ciencia en el más elevado y desinteresado sentido de ambas palabras.

Pero ¿cómo puede y debe realizar esa función primordial la universidad?

No hay que olvidar un momento que la universidad es un centro docente, y que cuanto haga debe hacerlo en forma de « enseñanza ». Y una enseñanza pide una acción intensa del maestro con relación á « su » discípulo.

Y aquí está el punto delicado de la función universitaria. Porque enseñar no es sembrar ideas ó conceptos cristalizados desde aquella alta plataforma sin cuidarse donde las ideas y los conceptos caen. El buen cultivador de un terreno atiende tanto á éste como á las semillas que en él coloca para obtener las plantas en su día y los frutos. Se puede hasta poner en duda si una enseñanza debe consistir jamás en ofrecer productos intelectuales cristalizados. Una concepción « memorista » de la enseñanza lleva á ese resultado. Pero librenos Dios del « memorismo ». Enseñar pide por de pronto que se procure al alumno alimento asimilable, y asimilar, en esta relación intelectual, no consiste en almacenar en la memoria unas cuantas nociones hechas, unas cuantas cifras ó datos, antes requiere esa función de la asimilación un trabajo de todas nuestras potencias intelectuales para « comprender » y formarse plena conciencia de las cosas.

La relación de la enseñanza entraña, en verdad, una verdadera colaboración íntima entre el maestro y el discípulo, para despertar en éste aquel noble afán que supone el amor á la verdad.

También es Alemania la que ha sabido producir la forma más adecuada y eficaz de la enseñanza universitaria con sus célebres «seminarios». La institución del Seminario, dice M. Duthoit, realiza bajo una forma original y seductora, el patronato intelectual de los maestros de enseñanza superior sobre la «élite» de la juventud estudiantosa. Su fin es agrupar alrededor del profesor algunos discípulos suficientemente interesados por las indagaciones personales y amantes de la investigación científica, para no darse por satisfechos con la mera asistencia normal á los cursos, y desear una participación más íntima en la obra y en los procedimientos del maestro». En los estatutos de uno de los Seminarios alemanes más reputados del jurídico de Berlín, del profesor Bruner, se define el objeto del Seminario en estos términos: «iniciar á los estudiantes en el trabajo científico personal mediante ejercicios exegéticos y dogmáticos, y prepararlos en las investigaciones científicas originales».

El Seminario es el Laboratorio de estas ciencias... «teóricas» de las ciencias especulativas é históricas. Las ciencias llamadas «experimentales» hace tiempo que emplean el Laboratorio no sólo como centro de investigación sino como «medio» de enseñanza. Tan indispensable como el Laboratorio pueda ser en la enseñanza de la química, lo es el Seminario — ó un organismo análogo — en la enseñanza del derecho civil, de la economía, de la sociología y hasta de la metafísica.

Y hablo aquí apoyándome en una propia y personal experiencia.

En nuestra universidad ovetense organizamos algún centro de estudio práctico de las ciencias jurídicas y sociales. En una salita del decanato de Derecho, nos reuníamos todas las semanas con doce ó catorce jóvenes entusiastas, estudiantes y antiguos alumnos, á trabajar sobre problemas sociológicos; leímos allí muchos libros haciendo constantes comentarios, repasamos no pocas revistas, realizamos varias investigaciones... ¡Qué bellas é inolvidables tardes! ¡Horas y horas pasábamos sin sentirlo, llenos de entusiasmo, y de fe en el esfuerzo! Sentados alrededor de larga mesa en comunión íntima con aquel simpático grupo de muchachos, lo de menos — con valer mucho — era quizá el trabajo que se hacía; lo más importante para mí era el espíritu que poco á poco se formaba; un espíritu colectivo, aquél espíritu común de que hablaba más arriba, y que no puede ser obra tan sólo de la unión y compenetración de los maestros, sino que ha de brotar también de una íntima comunión entre profesores y discípulos, en virtud de la cual se producen las necesarias corrientes de simpatía y amor que constituyen la verdadera fuerza atractiva de una universidad.



Y aquí surge un interesante aspecto de la universidad «ideal», de esta gran universidad moderna que poco á poco va definiéndose en manos de los grandes maestros...

La universidad no es sólo un centro de investigación científica, y de enseñanza: es también, debe serlo, una institución «educativa». Dadas las corrientes que hoy dominan, la universidad, aun formada para la ciencia pura, ó para la preparación utilitaria de ciertas profesiones, no puede apartarse indiferente del problema de los problemas modernos, del problema de la «Educación».

Antes al contrario, dedía en día se acentúa en todas partes la función pedagógica de la universidad.

Si nos imaginamos el organismo escolar de una de estas grandes naciones contemporáneas como el conjunto de todas sus instituciones docentes, la universidad es el coronamiento de la obra educativa nacional.

Y esto de varias maneras, pero de dos principalmente. En primer término en cuanto la universidad contribuye á formar las clases directoras del país: sus políticos, sus sociólogos, sus filósofos, sus abogados, médicos, ingenieros; pero obrando totalmente sobre la generación de su espíritu, actuando en la elaboración de su carácter, creando un «medio» no solo intelectual, sino «social», propio para influir en el hombre, en sus maneras y gustos, en su ideal para la vida.

El tipo de universidad contemporánea que mejor realiza esta hermosa misión educativa es, sin duda, el de la universidad inglesa.

Oxford y Cambridge son escuelas de «caballeros» de verdaderos «gentlemen», y un «gentleman» es un hombre comedido, pulcro, culto, que sabe conducirse, que «siente» de una cierta manera el bien público, y que además puede saber mucho griego ó mucha química ó cirugía, ó historia, sin perjuicio de ser fuerte y sano, alegre y templado. Traducirá á Homero, remarará en el río cercano, jugará al football y se bañará todos los días, vistiendo el frac ó la blusa del taller, según las circunstancias y los momentos.

La unión ó síntesis de los ideales alemán é inglés en punto á la misión de la universidad: he ahí, sin duda, en el respecto que ahora examinamos, cuál sería «mi universidad ideal».

Un foco de ciencia, sin pedantería; un centro de alta cultura en la plena significación del término; una gran casa, ó mejor, una gran familia que tomará al hombre entero, procurando infundir en su alma el soplo vivificante de una educación exquisita, sana, para cuerpo y espíritu.

Pero tiene la universidad otra manera de influir en la educación nacional. Debe ser la directora natural del sistema entero de las enseñanzas. Poco á poco va dibujándose esta gran función de la universidad. Ella no sólo debe formar el profesor universitario y el de la segunda enseñanza: la universidad debe llamar hacia sus claustros y aulas al «humilde» maestro de escuela.

He ahí una fusión que se impone, á causa de la función que se atribuye necesariamente á la escuela, quiero decir, á la escuela primaria. Ha de elaborarse en ella el alma nacional. ¿Cómo descuidar

la formación del maestro? ¿Cómo dejar á éste á sus propias fuerzas? El maestro: hay que elevarlo, es preciso levantar tan alto como se pueda el nivel de su vida, el tono de su cultura, las exigencias de su espíritu. ¿Es que el educador de la infancia importa menos que el que defiende pleitos, ó el que construye nuestros puentes? ¿Pide el médico ó el abogado un saber más exquisito que el maestro en cuyas manos ponemos el porvenir de la patria y aun de la raza?

No puede sorprendernos esa nueva corriente que quiere incorporar al maestro á la vida universitaria, haciendo que su espíritu se nutra con los alimentos más refinados de la llamada enseñanza superior.

También nosotros quisimos hacer algo en este sentido. Ideamos expedientes—sin éxito— para atraer al maestro hacia el claustro universitario. No pasaron de proyectos. Pero la semilla se ha lanzado. Por el mundo la semilla fructifica. Es ya una preocupación bastante general esta de la formación universitaria del maestro de escuela. Hay que esperar que esta preocupación nos gane á nosotros también.



Y aun nos quedan muchas más notas que señalar en esta universidad que habríamos deseado «vivir». La universidad, núcleo de fuerzas intelectuales y morales, no puede aislarse, tiene que mezclarse en la corriente entera de los intereses sociales.

Se habla en todas parte de la «acción social» de la universidad, de la «socialización del saber». La llamada extensión universitaria, de que alguna vez hablé, si no recuerdo mal, en estas «Crónicas», iniciada en Inglaterra y que la Universidad de Oviedo inauguró en España, es una de las más características manifestaciones de la acción social de la enseñanza superior. Merced á ella se establecen fecundas relaciones entre la universidad y el pueblo. Porque la extensión universitaria es eso: la universidad que brinda á todos los frutos de su esfuerzo íntimo, de la labor interna realizada por «sus» hombres en sus aulas y laboratorios.

ADOLFO POSADA.